

CAPÍTULO VI

Rebeca

Entre tanto, Abraham era viejo y muy avanzado en edad. Dios le había bendecido en todas sus cosas. Era rico en toda clase de bienes, pero no poseía más tierra que un sepulcro. Sara estaba enterrada allí hacia tres años, cuando él se ocupó en buscar una esposa para su hijo Isaac. Llamó á aquel de sus criados que tenía la intendencia de la casa, y le hizo jurar por Jehová, Dios del cielo y de la tierra, que no tomaría mujer para su hijo de las hijas de los cananeos, sino que iría á buscar una esposa en el país de su parentela. Respondió el criado: «Si no quisiere la mujer venir conmigo á esta tierra, ¿debo por ventura volver á llevar tu hijo al lugar de donde tú saliste?» «Guárdate bien, respondió Abraham, de volver á llevar allá mi hijo. El Señor Dios del cielo, que me sacó de la casa de mi padre y de la tierra de mi nacimiento, el que me habló y me juró, diciendo: «A tu linaje daré esta tierra;» él enviará su ángel delante de tí, y tomarás de allí mujer para mi hijo. Si la mujer no quisiere seguirte, no serás obligado al juramento; solamente no vuelvas á llevar allá á mi hijo.» Puso, pues, el criado la mano debajo del muslo de Abraham su señor, y juró cumplir sus órdenes.

En estos remotos tiempos se llevaba ya la espada, el cuchillo de los sacrificios, el cuchillo de caza, el puñal sobre el muslo (1). Todo el que colocaba la mano sobre el muslo de alguno, hacia por esto mismo una especie de juramento que, si faltaba á su palabra, merecía ser castigado con la cuchilla de aquel al cual se obligaba. Un sábio rabino nos dice que esta

(1) Psalmo, 44, 3, Iliada, 2, v. 45.

misma ceremonia se practicaba por los judíos en todo el Oriente (1). Los padres de la Iglesia y otros escritores juiciosos han pensado que esta práctica encerraba más que un sentido misterioso, una especie de profesion de fe al Mesías, que debía nacer de Abraham por Isaac, cuyo casamiento embargaba entonces el espíritu de su padre (2).

El intendente, que se cree fuera el mismo Eliezer, del cual hemos hablado más arriba, tomó diez camellos del ganado de su amo, y se fué, llevando consigo lo mejor y más precioso de lo que poseía su amo. Puesto en camino, partió para la Mesopotamia á la ciudad de Nachor, hermano de Abraham. Esta era, segun veremos más adelante, la ciudad de Haran, en donde Abraham habia habitado.

Habiendo hecho descansar á los camellos fuera de la ciudad junto á un pozo de agua al caer de la tarde, al tiempo en que suelen salir las mujeres á sacar agua, dijo: «Señor Dios de Abraham, mi amo, asísteme; te ruego en este día, y haz misericordia con Abraham mi amo. Vedme aquí, estoy cerca de la fuente del agua, y las hijas de los moradores de esta ciudad saldrán á sacar agua. Pues la doncella á quien yo dijere: Inclina tu cántaro para que beba, y ella respondiere: Bebe, y aun á tus camellos daré de beber, esta será la que has destinado para tu siervo Isaac, y por esto conoceré que has hecho misericordia con mi amo.»

Aún no habia acabado de decir esto dentro de sí, cuando hé aquí que Rebeca, hija de Bathuél, hijo de Melcha, mujer de Nachor, her-

(1) Kimchi, *apud Monst. in loc.*

(2) Duguet, sobre el cap. XXIV del Génesis.

mano de Abraham, que salía trayendo el cántaro sobre su hombro, moza de muy buen parecer, virgen muy hermosa, á quien no habia conocido varon; habia bajado á la fuente, llenado su cántaro y se volvía. El criado corrió hácia ella, y dijo: «Dame á beber un poquito de agua de tu cántaro.» Ella respondió: «Bebe, señor mio;» y prontamente bajó el cántaro sobre su brazo, y dióle á beber. Y cuando él hubo bebido, añadió ella: «Tambien sacaré agua para tus camellos, hasta que todos beban;» y vaciando el cántaro en los canales, volvió al pozo para sacar agua, y sacada la dió á todos los camellos. El criado estaba admirado; sin embargo, miraba en silencio, deseando saber si el Señor habia prosperado su camino ó no. Despues que bebieron los camellos, sacó el hombre zarcillos de oro, que pesaban dos siclos, y otros tantos brazaletes del peso de diez siclos, y la dijo: «¿De quién eres hija? dímelo. ¿Hay en la casa de tu padre lugar para posar?» Ella respondió: «Soy hija de Bathuél, hijo de Melcha y de Nachor, su marido. Y añadió: En nuestra casa hay abundante provision de paja y de heno, y lugar espacioso para posar.» Y el hombre se inclinó y adoró al Señor, diciendo: «Bendito el Señor Dios de mi amo Abraham, que no apartó su misericordia y verdad de mi amo, y me ha conducido por camino derecho á la casa del hermano de mi amo.»

Corrió, pues, la doncella y contó en la casa de su madre todas las cosas que habia oido. Rebeca tenia un hermano llamado Laban, el cual, cuando oyó las palabras de su hermana y vió entre sus manos los zarcillos y los brazaletes, corrió hácia el hombre del lado de la fuente, y le dijo: «Entra, bendito del Señor; ¿por qué te estás afuera? He preparado la casa y el lugar para los camellos.» Y le hizo entrar en la casa, desaparejó los camellos, dióles paja y heno, y le presentó agua para lavar los piés de él y de los que habian venido con él.

Al mismo tiempo se le sirvió de comer. Pero el hombre dijo: «No comeré hasta que no diga lo que tengo que decir.» Lavan le respondió: «Habla.» Y él dijo: «Soy criado, dijo, de Abraham. Y el Eterno ha colmado á mi amo

de bendiciones, le ha engrandecido, le ha dado ovejas y vacas, plata y oro, siervos y siervas, camellos y asnos. Sara, la mujer de mi amo, parió en su vejez un hijo á mi señor, que le ha dado todo cuanto tenia. Y me juramentó mi amo diciendo: «No tomarás mujer para mi hijo de las hijas de los cananeos, en cuya tierra habito, sino que irás á la casa de mi padre, y de mi parentela tomarás mujer para mi hijo.» Y yo respondí á mi amo: «¿Y si no quisiere venir conmigo la mujer?» «El Eterno, dijo, en cuya presencia ando, enviará su ángel contigo y enderezará tu camino; y tomarás una mujer para mi hijo en mi parentela y en la casa de mi padre. Libre quedarás de mi maldicion, si despues de haber llegado á mis parientes, no te la dieren.» Llegué, pues, hoy á la fuente del agua; y contando en detalle la súplica que hizo á Dios y la manera como al punto fué cumplida por Rebeca, concluyó: «Postrándome, pues, adoré y bendije al Señor Dios de mi amo Abraham, que me condujo por camino derecho, para que tomase la hija del hermano de mi amo para su hijo.» Por lo cual, si haceis misericordia y verdad con mi amo, declarádmelo; pero si quereis otra cosa, decidmelo tambien, para que yo vaya á la derecha ó la izquierda.

Laban y Bathuél respondieron: «Del Señor ha salido esta plática; no podemos hacer contigo otra cosa sino lo que á Él place. Ahí está delante de tí Rebeca, tómala y vete, y que sea la mujer del hijo de tu amo, como lo ha dicho el Señor.» Y cuando esto oyó el criado de Abraham, cayó prosternado sobre la tierra y adoró al Señor. Y sacando vasos de plata y de oro, y vestidos, los dió por regalo á Rebeca, é hizo tambien regalos á los hermanos de ella y á la madre.

Hecho un convite, estuvieron allí juntos comiendo y bebiendo, y levantándose el criado de mañana, dijo: «Dejadme volver á mi amo.» Los hermanos de Rebeca y la madre respondieron: «Estése la muchacha con nosotros siquiera diez dias, y despues se marchará.» «No queráis detenerme, respondió él, porque el Señor ha dirigido mi camino; dejadme ir á mi amo.» Y ellos dijeron: «Llamemos á la muchacha y exploremos su voluntad.» Y como llama-



da hubiese venido, la preguntaron: «¿Quieres ir con este hombre?» Ella respondió: «Iré.» Y así la dejaron ir, y á su nodriza, y al criado de Abraham y á sus compañeros, implorando toda clase de dichas para su hermana, y diciendo: «Hermana nuestra eres, crezcas en mil y mil generaciones, y tu posteridad posea las puertas de sus enemigos.» Con esto, Rebeca y sus criadas, subiendo en los camellos, siguieron al hombre, el cual presuroso se volvía á su amo.

En este mismo tiempo se estaba paseando Isaac por el camino que va al pozo que se llama *del que vive y del que ve*, porque moraba en la tierra del Mediodía, en las cercanías de Bersabée, de donde no estaba lejos un pozo así llamado por Agar. Había salido al campo para meditar, caído ya el día, y habiendo alzado los ojos, vió de lejos venir los camellos. Rebeca también, cuando alcanzó á ver á Isaac, bajóse del camello y dijo al criado: «¿Quién es aquel hombre que viene por el campo á nuestro encuentro?» Y la respondió: «Aquel es mi amo.» Y ella tomó inmediatamente el palio y se cubrió. El criado contó todo lo que había hecho á Isaac, el cual la hizo entrar en la tienda de Sara, su madre, y la recibió por mujer; y la amó en tanto grado, que se le templó el dolor que le había causado la muerte de su madre (1).

En estas últimas palabras se pinta con una maravillosa suavidad la piedad filial de Isaac. Tenía entonces cuarenta años. Tres habían trascurrido ya desde que perdió á su madre. Sin embargo, el dolor que sentía por esta separación era tan vivo, que el amor de su nueva y única esposa no pudo hacerle cesar, sino solamente templarle. Este no es el único hecho admirable en esta historia. Todo es allí de un encanto divino: este anciano patriarca que conjura á su criado en nombre del Eterno, y le promete la compañía de su ángel; este fiel criado, rogando al Eterno con una confianza tan ingenua cerca de la fuente; esta bella y casta virgen, practicando la caridad con una prontitud tan perfecta; sus parientes, fieles aún al

(1) Gén., 24.

verdadero Dios, exclamando á la vez: «Del Señor ha salido esta plática;» el hijo de Abraham viniendo cerca del pozo del *que vive y del que ve*, cuando Dios le trae su casta y bella esposa.

Abraham tenía ciento cuarenta años cuando se casó Isaac. Para multiplicar más y más los adoradores del verdadero Dios, tomó otra mujer de segundo rango, llamada Cétura. De la cual tuvo á Zamran y á Jecsán, á Madan y Madian, y á Jesboc y Sué.

Jecsan engendró también á Saba y á Dadán. Hijos de Dadán fueron Asurim, Latusim y Loomim. Y de Madian nacieron Efa, y Ofer, y Henoch, y Abida, y Eldaa; todos estos, hijos de Cétura.

Y dió Abraham todo lo que poseía á Isaac. Mas á los hijos de sus concubinas, ó de sus mujeres de segundo rango, les hizo donativos y separólos de Isaac, su hijo, cuando él vivía aún, hácia la parte Oriental. Y fueron los días de la vida de Abraham ciento setenta y cinco años; y desfalleciendo, murió en una vejez buena, y de edad avanzada, y lleno de días; y fué agregado á su pueblo. Isaac é Ismael, sus hijos, le enterraron al lado de Sara su mujer, en la cueva de Macphelah, que está situada en el campo de Ephron, hijo de Seór Heteo, enfrente de Mambrée (1).

Fué agregado á su pueblo, dice la Escritura. Este es el cumplimiento de lo que Dios le había prometido: «que despues de una feliz vejez, se reuniria á sus padres en la paz.» Estos padres, este pueblo, existen, pues, en alguna parte; no en este mundo, porque enterrado lejos de la Caldea, en el país de Canaam, Abraham no se reunió á su pueblo en una misma tumba. Trata, por tanto, de otro mundo, de otra vida. Sem, Noé, Henoch, Seth, Abel, Adam, hé aquí sus padres, hé aquí los jefes de este pueblo dichoso. El lugar que habitan se llamará en adelante el seno de Abraham; tan grande será allí la gloria de este patriarca. Lázaro será conducido á este lugar por la mano de los ángeles. Allí se reunirán los justos, toda la Iglesia de los primeros antepasados, hasta que venga el Hijo de Habraham, que les

(1) Gén. 25.



conducirá triunfantes á lo más elevado de los cielos.

La gloria de este patriarca no será menor sobre la tierra, á causa de la innumerable multitud de sus descendientes. Los hay de cuatro clases: por Cétura, por Agar, por Sara y por Cristo.

Entre los primeros, los más conocidos son los madianitas. Jethro, sacerdote de Madian, vendrá á ser suegro de Moisés; su familia, bajo el nombre de Cineanos, seguirá al pueblo de Dios en la tierra de promision. Isaías anuncia á Jerusalem que hácia ella afuirán los dromedarios de Madian y de Efa; que todos los de Sabá vendrán y traerán oro é incienso, anunciando alabanza al Señor (1). Esta es la última vez que se habla de Madian en la Escritura. Este pueblo perdió más tarde su nombre, para confundirse en el de los árabes. Siguiendo á un antiguo autor, citado por Alejandro Polyhistor, el hijo de Madian, llamado Ofer ó Afer, vencería á los Libios, y de su nombre llamó á su país Africa (2).

Mejor se conoce á los descendientes por Agar. Ismael tuvo doce hijos, que fueron reyes de otros tantos pueblos. Eran los más poderosos entre los árabes. Bajo el nombre de sarracenos ó de agarenos, como se les llamaba en la Edad Media, conquistaron una gran parte de la tierra. Al decir de los musulmanes, el templo de Meca fué construido por Ismael para adorar allí al Dios de Abraham, el famoso pozo Zemzen es el mismo pozo de Agar; la piedra negra que veneran con tanta devoción en sus peregrinaciones, es la piedra sobre la cual Abraham dejó la señal de sus piés; los descendientes de Ismael fueron erigidos reyes de este país y pontífices de este santuario; de Ismael descendía en línea recta Mahoma, que estirpó la idolatría introducida en algunas tribus, y restableció el antiguo culto. Que aunque la historia esté mezclada con los cuentos árabes, siempre resulta que estos pueblos adoraron, como sus antepasados, Ismael é Ibrahim, al Nabi, es decir, Abraham el profeta (3).

(1) Isaías, 60, 6.

(2) *Apud Joseph., Antiq.*, lib. I, cap. VI.

(3) *Bibliot., orient.*, D'Herbelot, y *Mem. de la Acad. de las Inscript.*, t. LVIII, pág. 259.

Los descendientes de este patriarca por Sara, nos presentan todavía dos pueblos: los idumeos y los israelitas. Los primeros, llamados así de Edom, sobrenombre de Esaú, subsistieron bajo su nombre hasta cerca del advenimiento de Jesucristo, en que una parte se mezcló con los judíos y otra se naturalizó entre los árabes. En fin, los israelitas, llamados así de Israel, sobrenombre de Jacob, son los judíos, que todo el mundo conoce.

Entre todos estos pueblos descendientes de Abraham, dos han recibido las promesas divinas: el pueblo de Ismael y el pueblo de Jacob; y desde hace cuatro mil años, vemos cumplirse en ellos estas promesas. El primero, del mismo modo que Dios lo predijo á su madre Agar, permanece siempre bravo é indomable; su mano se levanta siempre contra todos y la mano de todos contra él. Sarraceno en la Edad Media, beduino en nuestros días, su patria es el desierto, su vida es el pillaje. Méno terrible hoy, acampa sin embargo aún en los sitios donde fué Cartago, y en medio de las ruinas de Tebas, de Memfis, de Palmira, de Babilonia, de Nínive, y bajo los muros de Bizancio, y en la Macedonia degenerada del gran Alejandro. El otro se encuentra en todas partes, y por todas partes divulga su nacimiento de Abraham, su esclavitud en Egipto, su libramiento milagroso, su conquista de Canaam, su esperanza del Mesías, su dispersion desde hace diez y ocho siglos. Temiendo de todo, es sin embargo indestructible como el que no teme nada. En fin, desde hace cerca de cuatro mil años, estos pueblos se elevan, en medio de los restos dispersos de las naciones, como dos pirámides vivientes, para atestiguar á los ojos de todo el universo que el Señor es verdadero en todas sus palabras.

¿Mas qué diremos de los descendientes de Abraham por Cristo? Estos son los verdaderos, como nos lo enseña San Pablo, porque lo son, no segun la carne, sino segun el espíritu. Por ellos es por quien Abraham ha llegado á ser verdaderamente la bendición del cielo sobre todos los pueblos de la tierra. Por ellos el universo entero aparece como su familia. El mismo revive en el Abraham católico, en el *Padre elevado de la multitud de las naciones cristia-*